

CONVERSACION CON ALFANHUI JUNTO AL FUEGO

(A modo muy especial de comentario de
"Industrias y andanzas de Alfanhui" de
R. Sánchez Ferlosio)

TIENES, Alfanhui, el alma de colores. Tienes rubor en el alma, que se llama "blancor", pues tu alma se pone blanca al ruborizarse. ¿Cómo son, Alfanhui, los colores de tu mundo? Quiero que me cuentes, como tu maestro en las noches con fuego, una historia, la historia de tus colores, la historia de tu alma. Yo echaré leña al fuego para que tu historia no acabe nunca.

—Yo nací del "color" y "la naturaleza", allá, en el arco de las lluvias. Una tarde, cuando habían pasado los fríos, mi hermana "primavera" y yo salimos de casa. Recorrimos los campos muertos, pasamos el río y entramos a esta tierra. Todo era transparente en ella: las flores, el viento, las hojas, los pájaros, la luz,... Mi hermana se puso triste. Permanecíamos en silencio. Poco después oí un sollozo. "¿Lloras? ¿qué tienes?". No contestó. Siguió llorando.

De pronto mis ojos comenzaron a irritarse con unos resplandores vivos. Era como si cien soles me rodeasen, dando a mis ojos una nueva sensación. A lo lejos, oía el agua que se abría paso por el cauce seco del río. Sentía miedo y curiosidad a un tiempo; no me atrevía a mirar. Sólo oía llorar a mi hermana. Su cuerpo iba quedando transparente, se veía su alma blanca, cada vez más agitada. La transparencia se hizo toda llanto, que poco a poco



fue empapando la tierra, haciendo más intensos los resplandores a mis ojos.

Una alegría intensa, nueva, me llegaba hasta las entrañas. Cerré los ojos por un momento. Cuando los volví a abrir, también a mí me cayeron dos gotas de llanto, pero quedaron infecundas entre mis labios.

Ya no vi a mi hermana; su alma volaba por los espacios. Era, como las almas que se inmolan por algo, un alma alegre. Y la tierra, antes transparente, se llenó de colores: las rosas y las amapolas enrojecieron, las hojas "enverdecieron", los pájaros tomaron un color amarillo al posarse en las ramas; los lirios, un color blanco; las montañas, azul; el aire, gris.

Así fue como nació la primavera a este mundo, muriendo al mío.

Comencé a caminar por aquella tierra; pisaba el suelo con veneración, suelo mojado aún por las lágrimas de la primavera. Su humedad, como savia, ascendía por todo mi cuerpo. Me sentí bien en esta tierra y me quedé en ella.

(Poco a poco he dejado de echar leña al fuego. Alfanbui ha quedado en silencio, mirando las brasas, pero con sus recuerdos puestos en otro sitio, en el mundo de sus colores, en el mundo de su alma pura, en el mundo de un llanto inmolido).

—Alfanbui, que ya has dejado esta tierra, ¿has encontrado a tu maestro en el reino de lo blanco, en el reino en que todos los colores se hacen uno?

(Avivo el fuego de nuevo, pues siento un brillo intenso en los ojos de Alfanbui al recordarle a su maestro).

—Mi maestro no murió: marchó al mundo de los colores puros, al mundo blanco de las almas. Mi maestro no podía morir, como no pueden morir los colores. Mi maestro no puede morir mientras haya colores que hagan nacer primaveras en la tierra. Mi maestro sólo se ha perfeccionado, adquiriendo todos los colores, haciéndose blanco. Mientras haya una esperanza en esta tierra, mientras la noche tenga luna de plata, mientras haya pájaros vegetales en el castaño del jardín, mi maestro seguirá cuidando los colores.

(Alfanbui toma las tenazas y las mete en fuego y coge un tizón rojo y comienza a hacer signos en la pared de la chimenea. Las palabras, ininteligibles, brillan con un resplandor intenso. Como un gran ballet amarillo, evolucionan, giran, desaparecen y, de nuevo, vuelven más ardientes. En ningún momento consigo entender su significado).

—Alfanbui, que ya no perteneces a la tierra en la que descansan las lágrimas de la primavera, dime, ¿qué son esas palabras de fuego? ¿qué significan?



—Son el epitafio que pondrás en el campo en que quedó el cuerpo de mi maestro:

*“Aquí yace una piedra
empapada de aceite,
para seguir dando vida con su luz
a los colores del mundo”.*

(Alfanhuí guarda, de nuevo, silencio. Hago un gran esfuerzo, pero no consigo entrar en el mundo de sus recuerdos. No me atrevo a interrumpir su meditación. Echo leña al fuego, que sube como cuerpo de serpiente y se pierde en el humo).

—¿Qué piensas ahora, Alfanhuí? ¿En don Zana o en la melancolía de la señorita Flora? El tiempo resbalaba por su figura, pero Flora seguía mirando y esperando,... ¿Qué, Alfanhuí?

—Flora esperaba marido. Flora, rosa y malva, es la tierra que espera cada año el milagro de los colores, la fecundación de la primavera. (Los recuerdos acuden desordenados a su cabeza). Me sentía ofendido cuando don Zana me llamaba “niño pálido”; era como llamarme “niño nada” ... “Llamo verde a la rana de que voy a hablar...” ¿Cómo me hubiese gustado leer el libro carcomido del abate Spallanzani! Don Zana no era como yo; sólo una marioneta, sólo era una marioneta, astillas y trapo sin sangre. Me ofendía que me llamase “niño pálido”; que dijese que ambos éramos iguales. Yo no maté a nadie; sólo destruí una marioneta sin sangre.

(Ya no queda fuego. Ha cesado el chirriar de la leña seca. El silencio es fuerte, casi agobiante. De las montañas, cruzando el valle húmedo, ha llegado la medianoche a nuestra ventana. Sentimos ambos su pesadex de sueño en los cristales. Sus ojos se posan en los de Alfanhuí, pero éste resiste su mirada: no quiere aún dormir. La medianoche sube de nuevo a las montañas).

—Toma un vaso de leche tibia, Alfanhuí. Toma, bebe el “blancor” de tu pecado, de tus recuerdos.

(Nuestra habitación es pequeña, muy acogedora. He cerrado bien la puerta: no dejaré escapar los sueños de Alfanhuí. Yo velaré sus recuerdos con fuego. Yo defenderé su alma del frío del valle. Yo avivaré sus colores).

—“Caronglo y Pinzón,
Marrero y Charrián,



Ariza y Turino,
Almadrán y Retana,...
Gago y

—¡Sonsoles! (Alfanhuí ha interrumpido mi letanía) Bueyes negros, bueyes de carreta. (La mirada de Alfanhuí se pierde ahora en las dehesas de Mora-leja. Siente en sus manos el calor del hocico de "Ceronglo"; siente el agua en su piel y la sonrisa sale de nuevo a sus labios, sobre la superficie del río). Las historias de mi abuela me hicieron sentirme de nuevo yo mismo. Yo traía romero, unas veces verde, otras amarillo, que daba al brasero un aroma intenso, como intensas eran sus historias. Recordaba entonces las noches junto a mi maestro, junto al fuego de la chimenea...

Cuando nos acostábamos, yo soñaba con las historias de las mocedades de mi abuela... "Me llamaban la "niña muda", porque hablaba al viento, a la mañana y a las rosas. El viento curtió mi piel, la mañana le daba un tono fresco, alegre, y las rosas me bañaban de rojo. Mi madre, al verme, pensó comprarme un vestido blanco y otro verde. Me puso primero el verde: las gentes me llamaban "rosa gigante", y mi cara enrojecía aún más. Cuando estrené el blanco, las gentes, que tienen nombres para todo, parecían mudas. Entonces, la rosa me llamó "ángel", el viento, "nácar", y la mañana, "tronzo de encantos". El vestido blanco fue el que más me agradó. El blanco es el color sano..."

—Alfanhuí, callado y solitario, de mirada vegetal. Tus ojos de selva me atraen a tus colores. ¡Al-fan-huí! ¡Al-fan-huí!, con ojos de alcaraván. ¡Al-fan-huí!, de ojos verdes, frente blanca y alas de alcaraván. ¡Llévame contigo, a tu mundo, a tus colores, por el arco de las lluvias, por tu cuna, a través del cielo rosa! ¡No me dejes transparente! ¡Quiero ser blanco como tú, como tu maestro! ¡Tan blanco como tú!

